

Ensayo

La inquietante patografía de Camilo José Cela

José M^a Rodríguez Tejerina

Patografía es un vocablo de ásperas resonancias. Significa, según el ineludible Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, “descripción de las enfermedades”, de estos “infortunios azarosos”, al decir de Gorgias, que acostumbra a desafiar nuestra existencia terrena.

Camilo José, últimamente, se muestra poco proclive a dejar constancia escrita de sus vencidas dolencias. Lo considera “una ordinariéz”. Mas, es evidente que, alguna de ellas, como la “*tuberculosis pulmonar*”, modeló los rasgos anímicos de su niñez, adolescencia; juventud. Y motivó varias de sus inmortales obras literarias.

Muchos años después, ya en sus años maduros, otras graves enfermedades serán decisivas, fructíferas, para incrementar su acervo de escritor.

Las enfermedades infantiles

A los dos días de su nacimiento Camilo José a poco se muere, al igual que su madre. Le dan el “agua de socorro” que, si bien le salva la vida, le origina una diarrea muy grave. La madre, que también logra sobrevivir, queda sin embargo sumamente débil y no puede darle el pecho. La lactancia corre a cargo de Manuela Boullosa, la mujer del jefe de la estación de Padrón que, generosamente, hace de ama y es en realidad, quien consigue que el niño siga existiendo.

Algún tiempo después, recuperada la madre y sano el hijo, se trasladaron todos

a Almería. Ahora el ama de cria es medio gitana, se llama Carmen, lleva un clavel rojo en el moño y tiene “la cabeza como un adoquín”.

Camilo José pasará su infancia yendo de un lado a otro: de Villagarcía de Arosa a Iria-Flavia, de Londres a La Coruña. De Iria-Flavia a Madrid, Barcelona, Cangas de Morrazo, Túa, Vigo; otra vez Madrid.

“Casi todas las etapas de mi infancia vienen marcadas por enfermedades, las tuve muy variadas y diversas”, escribe Cela.

No sufrió la gripe del año 18. En cambio, se cayó por la escalera de la casa de Iria y se golpeó la cabeza con un peldaño de piedra. Se quedó como muerto. El médico Carballido, con su pesimismo habitual, dijo a los padres:

-Vosotros sois jóvenes, aún podéis tener muchos hijos.

Camilo José estuvo tres días sin conocimiento. El diagnóstico fue de fractura de la base del cráneo. No debía ser cierto, pues se recuperó perfectamente en una semana.

Los traumatismos craneales durante la infancia de Cela fueron frecuentes. Otro, muy notable por sus circunstancias, fue el descalabro que sufrió tiempo después en Túa. Su primo Manueliño le arreó tal pedrada en el colodrillo que a punto estuvo de despenarlo eternamente. Camilo José, días más tarde, se vengó, propinando una tremenda paliza, alevosa y premeditada, a su pariente.

En Túa también, y por entonces, junto con José M^a Álvarez Blázquez, se comió todos los nísperos de la nispereira y se llevó cinco días en cama, malísimo, con fiebres muy altas. Tan descomunal había sido el atracón. La tía Camila mandó talar el árbol y parece ser que tan drástica medida aceleró el proceso curativo del niño.

Mas, Camilo José era, a pesar de esta aventura, un niño desganado, de paladar caprichoso. Le gustaban los alimentos blandos y sin condimento. No le agradaban ni el alcohol, ni el café, ni los picantes. Tampoco le complacía la carne, que comía en

pequeña cantidad, por obligación. Cuando se aburría de masticarla se la metía en el bolsillo del pantalón para dársela a los pollos. Algo más le atraía el pescado blanco, sobre todo si no tenía muchas espinas. De las verduras prefería la coliflor, cocida y aliñada con limón y aceite. Lo que más le gustaba era la tortilla a la francesa; luego le gustó todavía más la tortilla de patata. Bebía mucha leche, tanto cocida como cruda, costumbre que conservará toda su vida, pues aún se toma un vaso de leche todas las noches al acostarse.

Los pasteles, los postres de cocina, le atraían poco. Prefería el "cake". Comer coco y almendras le parecía una ordinariéz. La sopa de almendras, paradójicamente, sí le complacía. y el azúcar, a cucharadas. Pero detestaba los caramelos y los bombones.

Un niño triste y solitario

Camilo José Cela Trulock era un niño de salud precaria. Un niño muy delgado, muy rubito, que tenía lombrices y padecía frecuentes catarros. Lloraba por cualquier futesa, sin motivo. Tenía un carácter arbitrario, fantasioso, despótico, tierno. Era un niño triste, solitario, egoísta. Cuando le contrariaban solía declararse en "huelga de hambre".

En su encantador libro de *Memorias, La Cucaña. La rosa, y en la Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos*, Camilo José ha descrito así su niñez: "Yo era, ¡válgame Santa María!, un poeta niño y sentimental, que jugaba a raros y civilizados pasatiempos bajo las encarnadas bolitas de holly del jardín de la abuela, aquel jardín de mirtos verdecidos, agrios naranjos y cuidadas palmeras en el que vine al mundo, casi sin pensarlo, a respirar el mismo aire - foi o nordesio?, foi o vento famento?, ¿foi o vento mareiro?, ¿foi o vento serán? - que mató a Rosalía, a muller que non podía vivir, n'o abicedo do monte do Treito, o que ten a cabeza bermella de tolo lostregar".

Los padres

Camilo José adoraba a su madre. Camila Enmanuela Trulock Bertorini, aunque de ascendencia inglesa y algo italiana, había nacido en Santiago de Compostela. Fue una muchacha muy revoltosa, muy deportista, que incluso quiso cruzar el Canal de la Mancha a nado. Luego, al casarse, se tornó sedentaria. Tenía el cabello de un tono rubio, ceniciento, extraño. Y los ojos azules y pálidos. parecía una rusa. era patológicamente dulce y tierna, pero a veces se dejaba a arrebatar por la cólera, por cualquier motivo. Expresaba sus sensaciones de una forma rara, poética, utilizando sinestesias. " Era una mujer genial, disparatada, lectora de Lord Byron y romántica, como buena inglesa", afirma Cela.

Camilo José no comprendía a su padre. Y es que don Camilo Cela Fernández que, físicamente se parecía a Wenceslao Fernández Florez, tenía cara de caballo, como todos sus antepasados, los "Moranes"; la frente ancha, los dientes separados, el mirar duro. Había nacido en Túa y, tras estudiar en la Academia de Artillería, terminó de Vista de Aduanas. Era un hombre raro, reservado, hermético cauteloso, autoritario, de férrea voluntad. Despreciaba a la muerte y, en algunas ocasiones, era locuaz, dicharachero y se reía a carcajadas.

Las relaciones entre Camilo José y su padre fueron siempre de amor-odio, un poco al estilo de Kafka y Benedetti. Hasta que no muera su progenitor no se dará cuenta Cela de lo mucho que le quería.

Camiliño poseía una buena memoria y una escasa voluntad. Era holgazán, nada estudioso. Le gustaba el campo y el color verde. Le irritaban el rojo, el amarillo, el negro. No le atraía la música. Tenía, y tiene, una profunda sordera musical.

En Londres padeció una bronquitis muy fuerte. En Iria tuvo la tos ferina, con unos golpes de tos tan intensos que le dejaban rendido y medio muerto, como era de suponer, dada su constitución nerviosa. En Madrid pasó la varicela. En Barcelona pilló

su primera borrachera al comer sopas de pan con vino en gran cantidad, desafortunadamente, según su costumbre cuando la gusta algo. En Iria de nuevo se parte, voluntariamente, platos de loza en la cabeza. Y vuelve a caerse, ahora desde la galería, sobre las hortensias azules. Queda, otra vez, sin conocimiento.

Viviendo en Madrid, en la calle Alcántara esquina a Ayala, en la misma casa en la que estaba la imprenta Maroto que era donde Juan Ramón Jiménez tiraba la revista *Índice*, y tenía un portal de mármol, se cayó jugando al aro y se fracturó un brazo. Le llevaron al Sanatorio de la Encarnación, que estaba enfrente, y el doctor Blanc le redujo la fractura y le escayoló.

Las primeras experiencias sexuales

Camilo José empezó a masturbarse a los ocho o nueve años. La primera vez lo hizo en el Canalillo de Madrid, ante un corro asombrado de niños. A quien llega a citar por sus nombres en *Nuevo viaje a la Alcarria*: el Juaneca, el Mate, el Estanislao, el Mateo, el Vitor.

Este exhibicionismo es un gesto impulsivo que revela una elevada dosis de fanfarronería, al tiempo que unas marcadas dificultades para entablar relaciones sociales normales, a consecuencia, tal vez, de un clima familiar desfavorable.

Un domingo, a la salida de la iglesia del Rosario de la calle de Torrijos, se compró un tebeo en el que venían unos "consejos eróticos para el adolescente", en los que se hacía la alabanza del método de Onán. Esta lectura desmoralizó a Camilo José, quien se masturbaba, fundamentalmente, para manifestar su desafío a los demás y a sí mismo. Tenía ese tipo de masturbación infantil que, al decir de F. Gagern, desencadena, inevitablemente, un sentimiento de angustia. Y de culpabilidad. En íntima conexión con los fantasmas del complejo de Edipo.

También las inesperadas muertes de su prima Mariña y de su primo Camilo, hundieron al niño en la desesperanza.

La prima Mariña Pérez Cela murió muy joven. "Era muy bella y delicada, gastaba trenzas. Se casó jovencísima - quizás a los quince años - y la pobre murió en Buenos Aires".

Se sigue quejando Cela:

"¡Pobre Mariña con sus facciones infantiles y bien dibujadas y su tipo gracioso y breve! ¡Qué pena me dio que se muriera!"

Una tarde Camilo José derriba un nido de golondrinas y pateo a los polluelos. Después se queda profundamente dormido.

Y huye tres veces de su casa.

Por aquellos tiempos, "ya empezaba a andar medio escorado de las vías respiratorias". Sus padres le llevaron a la consulta "de un médico muy bueno, don Jacobo Elicegaray o Elizagaray, que era médico de la Real Casa". Don Jacobo era de Santiago, lucía una respetable barba blanca. Ausculta a Camilo José cariñosamente, "dándole aliento al fonendoscopio para que no estuviese demasiado frío". Y le receta tome, "Sirolini Roche para la tos, Tricalcine para los huesos y los pulmones, bronquios etc., y emulsión Scott y aceite de hígado de bacalao, el negro, que era más fuerte y sabía a arenques prensados, y el claro que era medio untuoso y repugnante".

Estas últimas noticias las refiere Cela en sus recientes *Memorias, entendimientos y voluntades*.

El síndrome depresivo

Hasta hace escasos años el síndrome depresivo de la infancia era muy poco conocido, al decir de Frommer. Aunque existe y es bastante frecuente. La Unión Europea de Pedopsiquiatría lo escogió como tema de su congreso en 1971.

Pienso que la biografía de la niñez de Camilo José es una buena prueba de su innegable realidad.

Como todos los trastornos mentales tiene una etiología desconocida. Se han apuntado anomalías en el cerebro y en el diencéfalo; una disarmonía en la función de los hemisferios. Freud decía que "era una reacción ante una pérdida".

El descarrilamiento de los sentimientos que el niño albergaba hacia alguna otra persona, "el objeto amado perdido", se transforman en una cólera dirigida hacia adentro y que se manifiesta por un afán de autocondenación y autodestrucción que puede llegar, en sus últimas consecuencias, al suicidio.

Tras la pérdida del "objeto amado" los niños deprimidos pierden su "ego" que luchaba, ambivalentemente, con el objeto del amor y surge el "superego", el "superyo punitivo", de claro matiz edipiano.

¿Cuál fue el objeto amado y perdido de Camilo José?

Tal vez lo haya olvidado. O prefiere callárselo. También el silencio tiene un significado y pesa más que las palabras. Sólo el neurótico cuenta sus recuerdos. El depresivo los hunde en el inconsciente y más si es un espíritu introvertido, como el de Camilo José Cela, con un biotipo leptosomático.

¿Y la heredopatología? ¿Habría, también, una influencia determinante por la patología familiar? Quizás. Ya hemos esbozado el carácter taciturno del padre, los desequilibrios emocionales de la madre. Si nos remontamos más lejos en el árbol genealógico encontraremos, tanto en la rama de los Cela como en la de los Trulock, abundantes rasgos psicopatológicos. El hermano de la bisabuela paterna, por ejemplo, fray Juan Jacobo Fernández, fue martirizado en Damasco y beatificado años más tarde. Don Pedro Pardo de Cela, que llegó a ser mariscal y partidario de la Beltraneja, murió ajusticiado. Pedro Bertonini, tatarabuelo materno, fue gobernador de Parma y tuvo una existencia muy aventurera. Así como su otro tatarabuelo, John Trulock, que ejerció el corso y falleció, en alta mar, de fiebre amarilla.

Los abuelos maternos fueron, por el contrario, muy equilibrados. Doña Nina Calalina Aida Bertonini era una mujer inteligentísima, sosegada, ambiciosa; amorosamente fría. Su esposo, John Trulock, gerente del "The West", un ferrocarril gallego, tenía la barba blanca, los ojos claros y dulces y era el clásico burgués británico, amante de su hogar, del whisky; la pesca de la trucha y el salmón.

La herencia, la constitución, fueron, sin duda alguna, dos factores importantes en la génesis del síndrome depresivo del niño Camilo José Cela. A los que se uniría otro, sociopatológico, estrechamente relacionado con su entorno familiar. Porque la biografía infantil de Cela es sumamente típica. Repite la constelación de rasgos descrita por J. Sandler y W.G. Joffe; el denominado Index de Hampstead.

Recordemos su apatía, su falta de interés por los estudios, sus ideas de desamparo, de culpa, de autocrítica. Sus largas permanencias. perezoso, en la cama. El levantarse muy tarde, sin ánimos para emprender ninguna labor. Su apetito escaso, caprichoso; voraz, cuando el alimento le atrae. Sus "equivalentes depresivos" son, asimismo, muy significativos; la fobia escolar, la tardanza en aprender a leer y a escribir en aquella escuela de Túy que regentaba un maestrillo rutinario. Camilo José únicamente consiguió conocer la tabla de multiplicar, hasta el cinco, y los nombres de algunos ríos de España. Claro que el maestro tampoco fue precisamente idóneo. Se llamaba don Luis "y era un hombre joven que sacudía unos entusiasmas y retumbadores capones y que pegaba vejajazos a los niños en la cara o donde les alcanzase". Era un fiel adepto a la teoría, tan extendida entre los educadores, de que la letra con sangre entra.

A las dificultades escolares de aprendizaje se suman los trastornos de la conducta, las frecuentes crisis de llanto, la irritabilidad, las fugas, la tendencia al aislamiento, el mutismo, el vivir dentro de sí mismo. en fin, la agresividad.

Las tendencias agresivas

Kenndell ha establecido la estrecha dependencia existente entre la depresión y la agresión. La depresión estaría causada por unas tendencias agresivas frustradas. Si nos fijamos atentamente constataremos que cuando Camilo José puede dar libre curso a sus impulsos agresivos se siente satisfecho, contento. Observemos cómo se queda profundamente dormido luego de patear a unos polluelos de golondrina. Y, también, la felicidad que le embarga tras vengarse de su primo Maueliño y proporcionarle una traicionera paliza.

Algunas veces, ya en Madrid, se metía en una casa desconocida, subía las escaleras y desde arriba atisbaba que subiera alguna vieja con la cesta de la compra. Cuando aparecía una, bajaba los escalones a saltos y aullando. con bastante frecuencia derribaba a la pobre mujer.

Esta agresividad, esta crueldad, ¿no sería una reacción simbólica contra su padre? ¿No tendría una significación sexual?

La tendencia agresiva de Cela aún se manifestará, a nuestro juicio, años más tarde, dando vida literaria a un personaje, Pascual Duarte, protagonista de su primera novela y, como tal, psicológicamente autobiográfica. Pascual es un hombre primitivo, que cree saber lo que es bueno y es malo, que encuentra un alma en todas las cosas; un perro, una piedra, la ropa que lleva. Tiene una violencia vital desesperada; sólo se queda tranquilo después de matar. Tal vez una pequeña parcela del inconsciente de Camilo José en los años inmediatos a nuestra posguerra todavía fuera así, frustradamente agresiva. *La familia de Pascual Duarte*, vista desde ese ángulo, supuso una beneficiosa catársis para Cela. Al igual que le sucedió a Goethe quien, según afirmaba, siempre rimbombante, pegó un tiro a Werther para no pegárselo él.

La crisis de esperanza

Sería muy curioso llegar a descubrir la causa última, desencadenante, que provo-

có el síndrome depresivo infantil a Camilo José. Pero únicamente nos habla en sus *Memorias del desaliento* que le sobrecogió luego de la muerte de sus primos y de su vecino, de su desánimo tras conocer las ventajas científicas de la masturbación, que el ya practicaba, incluso en público. Esta crisis de desesperanza debía tener raíces muy hondas.

Los numerosos accidentes que sufre, los repetidos traumatismos que padece, también deben incluirse en su nómina de equivalentes depresivos, pues responden a su afán, inconfesado, de autodestrucción. Que le llevará a desear la muerte al llegar a la pubertad, ya que en esa dolencia del alma los eslabones infantiles son importantísimos; mas la crisis el colapso espiritual, el posible suicidio, no suele aparecer hasta la pubertad.

Será entonces cuando el joven Cela se sumerja en trágicos pesimismo y ansie morir antes de cumplir veinte años, como proclamará en un poema de *Pisando la dudosa luz del día*.

Influencia de la tuberculosis

Hemos llamado muchas veces agresivo al niño Cela. Pero, ¿no es la agresividad una constante en todos los niños?

El viejo Freud admitía la existencia de dos fuerzas instintivas fundamentales. Una de vida, el instinto sexual. Otra de muerte, las tendencias destructivas derivadas de los impulsos de la agresión. Ambos instintos se imbrican entre sí y se potencian mutuamente. Los impulsos sexuales son vigorizados por la agresividad.

Las tres criadas que pasaron por la casa de los Cela de la calle Alcántara, Dorinda, Florinda y Petra, hicieron conocer al pequeño Camilo José, los deleites del amor heterosexual muy tempranamente. Así lo cuenta nuestro Premio Nobel en *Memorias, entendimientos y voluntades*. "Las tres me daban aceitunas y patatas fritas y las tres me tocaban el pipí, Florinda hasta me lo chupaba, y se ahuecaba el escote para que yo mirase y metiera la mano, Florinda inclu-

so se desabrochaba la blusa y se sacaba una teta, las dos no se las sacó nunca; yo les estoy muy agradecido y guardo de ellas un buen recuerdo, es lo menos que puedo hacer porque la ingratitud es un feo vicio, casi tan feo como la envidia”.

Un niño puede adaptarse a su familia y adoptar una reacción de imitación. Por el contrario, si no acepta el clima de su hogar se comportará con rebeldía, considerará a sus padres unos “verdugos domésticos”, se refugiará, para compensarse de su desgracia, en un mundo cada vez más imaginativo, más fantasioso, más agresivo también. Como “reacción de defensa”.

Camilo José en *La cucaña y la rosa*, intercala un intermedio”en el que se habla de las ‘reacciones defensivas’ del niño, del adolescente y del joven C.J.C.”

No olvidemos tampoco el papel que pueden desempeñar en esa exaltación patológica de la agresividad, las impregnaciones tóxicas. Desde la extensa gama de drogas, hoy en día, por desgracia, tan en boga, hasta la intoxicación meramente infecciosa, como la producida por la tuberculosis. Enfermedad que, sin duda, empapó con sus toxinas las neuronas de Camilo José, que fue siempre un niño tuberculoso, aquejado de fuertes y repetidos catarros.

La tuberculosis, con el paso de los días, marcará la personalidad mental de Cela, la depurará, la humanizará. Le liberará de su peligroso síndrome depresivo infantil. Su segunda novela, *Pabellón de reposo*, testimonia ya el gran cambio que la enfermedad ha producido en su espíritu. El niño deprimido, de una agresividad frustrada, ha pasado a ser un adulto dotado de una gran capacidad de ternura, con un sentido hondo de lo que representa en la vida el miedo al dolor, la angustia de la muerte. El bacilo de Koch le ha convertido en un escritor generoso, de singularísimos contrastes.

El afán viajero

Es harto pintoresco que algunos autores hayan atribuido una gran importancia

en la génesis de los síntomas depresivos, a la lactancia. La de Cela fue un tanto anómala y trashumante, fallida la materna, como hemos dicho. El mismo Camilo José asegura en su libro *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*:

“Si alguna vez en mi vida me porté mal acháquese a las tendencias que, según dicen, se heredan de las amas”.

También pudieron influir las numerosas y sucesivas separaciones de su familia, los continuos desplazamientos, la falta de un hogar fijo, estable, que se va a traducir, a lo largo de su vida, en dos tendencias irrefrenables, el afán viajero y el vicio de fumar.

A Camilo José Cela Trulock no le dejaron, de pequeño, detenerse mucho tiempo en ninguno de sus hogares. Y él, a su vez, desde niño, le tomó el gusto a caminar, a irse, a viajar; a fugarse. Buena prueba de esa pulsión son sus admirables libros de viajes, que forman una larga lista, desde el primero y muy famoso *Viaje a la Alcarria*, en el que se respira el aire benefactor del campo, con su “olor profundo”, que borra, definitivamente, de su piel el acre perfume de la tisis:

*Cien lobos te defienden,
flor de la jara.
Como cien corderuelos,
la mejorana.*

Esas fugas celianas poseen un leve matiz de equivalente epiléptico. Cela, en una de las facetas de su personalidad multiforme, refleja una marcada inclinación a la meticulosidad, que se revela en sus cuidadísimos escritos, llenos de correcciones. En su parsimonia al redactar.

Ya se lo decía, agudo psicólogo, don Gregorio Marañón:

-Tiene usted letra de investigador atómico.

Por lo menuda, igual, lenta; artística.

También manifiesta cierta afición a una inocente piromanía y tuvo, tiempo atrás, su crisis de afición al coñac, de dipsomanía, fácilmente superada.

Claro que, puestos a fantasear, también pudiera atribuirse su estado procusivo (su poriomanía, su dipsomanía, sus fugas, su dromomanía como dice Cela), a los repetidos golpes que recibió, de niño, en la cabeza. A las conmociones cerebrales que sufrió, acompañadas de pérdida de conocimiento.

Los glóbulos de sangre pirata inglesa que lleva en su torrente circulatorio también pueden tener su importancia, aunque los gallegos, asimismo, tradicionalmente, son muy dados a la dromomanía.

Más real parece, no obstante, atribuir su peremne afán viajero al choque emotivo intenso, a la tensión angustiada que la vida representa para él. Es la ansiedad de un hombre profundamente melancólico y decepcionado en su fuero interno, a pesar de que también ría, algunas veces, como su padre, a grandes y pantagruélicas carcajadas.

La pulsión vagabunda de Camilo José se parece mucho a la que tuvieron casi todos los escritores de la generación del 98. Unamuno, Azorín, Baroja. La vocación ambulante fue una característica esencial de aquellos escritores intelectualmente enamorados de Castilla y desazonadamente ansiosos de vagar, sin rumbo ni objetivo, quizás para buscar una prolongación al remoto goce de la infancia. Se sabe de lo que se huye, decía Montaigne, sin saber bien lo que se busca. Unamuno llamaba a las tendencias viajeras, topofobia.

Este sentimiento peripatético llevó, por contraste, a soñar con islas desiertas, para esconderse en ellas. Ambivalencia (viajes, sosiego), que es bien patente en Cela, hombre de isla y hombre viajero a un tiempo.

El vicio de fumar

Hasta el 10 de enero de 1978, día de san Nicanor, Camilo José fumaba sin cesar. Comenzó a hacerlo a los ocho o nueve años, cuando sus alardes sexuales en el Canalillo.

Tan sólo abandonó el vicio del tabaco con ocasión de sus dos brotes de tuberculosis pulmonar. Pero fuera de las temporadas sanatoriales, nunca. Le hubiera parecido poco deportivo.

Se fumaba, diariamente, dos o tres cajetillas de tabaco negro, amén de varios cigarros puros. Le sentaba muy mal, dada su propensión a padecer bronquitis y extrasístoles. Más, lo hacía como un desafío, infantil, a lo inevitable, a la fatalidad de la muerte. Como un autocastigo, con la seducción del placer perverso, prohibido; pernicioso.

En ciertas personas el inhalar humo de tabaco llega a ser una tendencia estereotipada e irreprimible. Giovanni Pascoli, el poeta italiano, afirmaba que su mayor pasión "podría ser el amor, pero que prefería fumar".

El fumar mitiga la angustia vital. El fumador empedernido suele ser, como todos los toxicómanos, una personalidad evasiva, egocéntrica, tímida, pueril.

El fumar, fundamentalmente, es un remedio contra la soledad, la peor enfermedad del ser humano. La pequeña punta de fuego del pitillo nos retorna al entrañable mito del fuego. Finge la ilusión de un hogar efímero.

Este sentido tenía la irrefrenable necesidad de fumar del niño Camilo José Cela Trulock.

El complejo de Edipo y la muerte de la madre

Vemos, pues, como todas las diversas causas posibles del síndrome depresivo infantil que padeció nuestro Premio Nobel, confluyen, de continuo, en un punto no por silenciado menos evidente; la falta de sincronización afectiva con sus padres, la pérdida de la imagen idealizada de éstos, con la consiguiente deflexión del sí mismo que conduce al odio a sí mismo, según afirma Ajuriaguerra.

Nunca llegaremos a conocer, en su totalidad, las oscuras motivaciones del alma

humana. Es insuficiente hablar de complejos, aunque el de Edipo surja, una y otra vez, en nuestra imaginación al hablar de Cela. Incluso podría aventurarse, siguiendo a Deleuze y Guattari, que Camilo José sufrió una "edipización del universo", un agrandamiento extremo del Edipo.

Cuando la madre, Camila Emmanuela Trulock Bertorini fallece, en 1975, en Madrid, su hijo primogénito permanece extrañamente tranquilo, absorto en sus ensoñaciones. Ofrece su mano blanda a los que vienen a darle el pésame. Es ya un hombre de cerca de sesenta años, alto, obeso, enlutado, serio, rodeado por un hormiguero de gentes desconocidas. Era un rapaz lombriguento, blanco y sin hambre.

María d'a Portela tenía aires solemnes "de vieja sacerdotisa de los ritos antiguos":

*Roquiño Cela ten bichiñas
ten unha,
Ten cinco,
Ten sete,
Ten nove.
Todas elas morran...*

Iria.Flavia. La casa de la abuela. La enredadera trepaba por la fachada. El pozo, con sus helechos; el musgo suave. El manzano, el cerezo, el peral, el naranjo, la palmera. La hortensia azul; la grosella roja; las piedras de los caminos. el cielo gris, nuboso. La sirena de la fábrica. El voltear de las campanas de Adina...

*O semiterio d'Adina,
c'os seus olivos escuros...*

Juan, el jardinero, de lejanos ojos azules, barba blanca y boca desdentada, también se murió.

*Ten unha, ten tres, ten cinco, ten sete...
Sete.
Siete.*

Siete años recién cumplidos. En un rincón del jardín hay una araucaria llena de mirlos. La madre, siempre la madre. Obsesivamente. Sienta a su hijo sobre su regazo. Le habla, le mira a los ojos:

-Camilo José.

-Qué.

-Cuando sepas escribir, ¿me harás una poesía?

No una, miles de poesías le escribiré , a lo largo de toda su vida, el hijo a la madre. De odio, de angustia, de andanzas y desventuras, de amor, de pasiones, de ensueños y figuraciones, de viajes, de dolor. De esperanza.

Acuden a la memoria de Camilo José, como en una lenta letanía, los nombres inolvidables: *Pisando la dudosa luz del día, La familia de Pascual Duarte, Pabellón de reposo, Esas nubes que pasan, Viaje a la Alcarria, La colmena, La catira, La cucaña y la rosa, Mrs. Cadwell habla con su hijo, Judíos, moros y cristianos, San Camilo, 1936...*

La tarde es desapacible. Casi hace frío. bajo la tierra anónima del cementerio de la gran ciudad, muy lejos de Santiago de Compostela, dentro de un ataúd de pino, yace, muerta, una mujer.

Una mujer a la que quiso Camilo José Cela Trulock, desde sus primeros alientos, de una manera entrañable.

"Sí", confesará Camilo José, ya viejo, en una entrevista, a Marina, su segunda y joven esposa:

- "De mi madre estaba probablemente enamorado con un amor a lo mejor no rigurosamente platónico, contemplativo, enténdeme lo que quiero decir, que tampoco es nada fácil".

La olvidada tuberculosis

"¿Sabéis? Camilito está enfermo del pecho", anunció doña María a sus seis hijos, "los Álvarez Blázquez", que vivían en Túy, enfrente de la casa de la tía Camilia en la que pasaba Cela sus vacaciones.

Los niños callaron, estremecidos.

Sólo Joaquinita, la muchacha que le tenía mucha rabia desde que ahogó trece pollitos -por enseñarlos a nadar- en el fondo pilón de la huerta, sentenció:

- ¡ Habrá de ser pola golferías que fixo! Xa de cativo era un randa".

Cela describe su enfermedad, sus estancias en sanatorios. Su "amarga y

aleccionadora experiencia personal". Le hospitalizaron, primero, a los quince años, en 1931, en el Real Sanatorio del Guadarrama, que dirigía el doctor Partearroyo.

Me aseguré un día, reiterativamente, Camilo José, que en su casa nunca había habido tuberculosos. Y me aclaró que a él le pegaron la tisis dos muchachas hermanas, a las que "cipoteaba" con ímpetus frenéticos. Vivían las cachondas mozuelas tuberculosas en Madrid, en la calle de La Libertad. En la novela de Cela, *San Camilo, 1936*, se encuentra una referencia a ellas:

"Son guapas las dos hermanas tísicas que pasean por el Retiro".

La Lupita y la Juani eran fáciles para el amor en todas sus modalidades, siempre que respetaran la garantía matrimonial de su virginidad.

Camilo José Cela, con el desmesurado desgaste sexual y el poco comer, se quedó delgadísimo, pálido y ojeroso. No llegó a tener vómitos de sangre, pero sí tos y fiebre por las tardes. Un examen a rayos X reveló una lesión tuberculosa en el pulmón derecho y los análisis de esputos confirmaron la presencia de bacilo de Koch. Como primera medida le practicaron un neumotórax.

En 1942, luego de haber participado en la Guerra Civil, ya con ventiséis años, Camilo tiene que ingresar de nuevo en un Sanatorio. Ahora en el de Hoyos del Manzanares que regenta el doctor Valdés Lambea.

Y, a pesar de que por aquellas fechas no se habían descubierto aún, "las modernas drogas milagrosas", los largos períodos de reposo le vienen bastante bien. En 1946 emprende su primera caminata, la de la Alcarria "que no sólo no me dejó en la cuneta sino que me sentó como un baño de agua de rosas".

Pabellón de reposo, cronológicamente, en la segunda novela de Camilo José.

Pero representa la primera vivencia, trágica, de Cela frente a la enfermedad.

La más honda, por la edad en que le sobrevino, aunque, según escribe, los tipos están aguados, literaturizados. Y aquí aso-

ma su vena romántica y benévola frente a la eterna frustración de la existencia humana. Le pareció a Cela excesivo llevar a la página escrita la ruindad, "la vileza de la que mis atónitos ojos de entonces fueron testigos". "No me arrepiento -añade-, de haber sido clemente porque pienso que la vida, al lado de la abyección, siempre sabe dar cabida a la misericordia",

La peste blanca.

Para las generaciones actuales "la peste blanca", la tuberculosis pulmonar, es una anécdota olvidada, perdida en las brumas de la Historia. Supuso, sin embargo, mucho para nosotros, los médicos de entonces. Cuando el libro de Tapia sobre la tuberculosis era una especie de Biblia y nos sabíamos de memoria la declaración de amor, en francés, que Hans Castorp hace a madame Chauchat en *La montaña mágica*, la obra sin orillas de Thomas Mann.

Luego de publicar *Pabellón de reposo*, muy quieta y reposada será la actitud de Camilo José Cela al enjuiciar a sus tuberculosos de ficción, al quedarle enterrada en su subconsciente su dolorosa experiencia personal.

En el *Viaje a la Alcarria* cita a una señorita de pueblo que bebe vino blanco y toma tricalcine "que, de cuando en cuando, tose un poco".

El jardín de Brihuega le parece apropiado, "para morir de adolescencia, de amor, de desesperación, de tisis y de nostalgia".

Catalinita, en *Cuentos para después del baño*, toca en el piano siempre la misma melodía. Un día tosió un poco, se apoyó con las dos manos sobre el teclado, y arrojó un poco de sangre..."

Luisita, en *Los viejos amigos, segunda parte*, está algo picadilla de la pleura, suele pasar largas temporadas en el campo, en casa de su primo.

En el *Tacatá oxidado*, el acuarelista Hugo Senantes, en sus tiempos de estudiante de Magisterio, tuvo la pleura delicada y echa sangre por la boca.

Y, en *Oficio de tinieblas 5*, obra en la que cada palabra debe ser leída con reconcentrada atención, un texto sin mayúsculas, ni puntos, con unas cuantas comas tan sólo, en el que se exponen ideas desprovistas de convencionalismos, desnudas, sin ropajes literarios, como una llama que intentara iluminar el misterio del sexo y de la muerte, el insoluble problema de la soledad del hombre:

“1150, a la puerta de los sanatorios antituberculosos siempre hay un avestruz vestido de pierrot que tose escupe sangre y se masturba...”

Nuevo retorno a la Alcarria.

Julita, antigua amiga de Camilo José Cela, tiene un chalé, Xeitosiña, detrás de la playa de Langosteira, en Finisterre. Camilo José veraneó en él desde el año 1984 hasta 1988, buscando “la clave del país”. Cerca de allí se encuentra un mirador, con una cabeza de Camilo en piedra, obra de Miguel Angel Calleja, escultor del Ayuntamiento de Madrid, y una frase grabada de Camilo José:

“Finisterrae es la última sonrisa del caos del hombre asomándose al infinito”.

Y, una inscripción:

“O luns, octo de xuño de mil novecentos ochenta e oito, día de San Salustiano, siendo alcalde de Finisterre D. Ernesto Insúa Oliveira, fue inaugurado este monumento a Camilo José Cela, primeiro gallego ganador co Premio Nobel”.

Julita preparó el día de San Xoan de 1987, una sardiñada memorable, “a sardiñada por San Xoan unta o pan, ¿y pide vino?, también. Diego Bernal de la Agencia Efe, Cristovo Herboza de las apuestas mutuas, Evaristo Artigues de la funeraria y mi primo Vitiño, los invitados, se comieron, cada una, treinta grandes sardinas del amanecer”. Camilo José sólo llegó a comerse dieciocho, se le descompuso el vientre y tuvo que vomitar, “tal vez se conoce que ya me rondaba la diverticulitis”;

se le pasó enseguida. Cuenta Cela en su última obra, *Madera de boj*.

Ya de vuelta en Palma de Mallorca, en noviembre de 1998, Cela es operado, de urgencia, un domingo, en la Clínica Mare Nostrum. Aqueja vómitos, violentos dolores abdominales; ocasionados piensan los médicos mallorquines, por una apendicitis aguda. El diagnóstico es erróneo.

Semanas más tarde, el 18 de enero de 1998, es intervenido de nuevo, ahora en Madrid, en el sanatorio Ruber, por el doctor José Luis Barros Malvar. Quien le extirpa el sigma, que presentaba unos divertículos perforados, y le extirpa la vesícula biliar, infectada.

Cela, en la habitación 317, es cuidado, por riguroso turno, por su esposa Charo y su “compañera sentimental”, Marina Castaño.

Camilo José ve la muerte más cerca que nunca. Se recupera pronto, pero ha perdido treinta kilos, por la enfermedad y la severa dieta alimenticia a la que le someten.

En plena convalecencia retorna al trabajo cotidiano. Con un decidido afán por seguir escribiendo. Debe terminar los guiones de *El Quijote*, para Televisión Española. Pero su matrimonio ha naufragado. Ha surgido en su vida la ilusión de una mujer joven. Su vuelta a Palma, a su antiguo hogar, se le antoja imposible. Se acuerda de Guadalajara, “plaza de muy hondo y seguro anclaje en le corazón del viajero”. Rememora los campos de la Alcarria, perfumados, sanadores. Volverá a ellos, con renovada esperanza. Le acompañará la dulce Marina, la periodista gallega rubia, que conoce desde hace algún tiempo, que viajó con él a los EE.UU., cuando escribía *Cristo versus Arizona*. Y le cuidó, con amor, durante su última y muy grave enfermedad.

Ya en Guadalajara, desde un inventado y literario Palomar de Hita, Cela escribe y escribe sin cesar. Aunque piensa, fatalista, “que su reino ya no es de este mundo”. Pergeña un melancólico soneto, que comienza así:

*Ya puedo acostumbrar mi calavera
al hueco justo y el terrón baldío...*

En un principio Marina y Camilo José viven su idilio en un chalé situado en lo alto del cerro del Zurraque, en una zona residencial a medio terminar, El Clavin. Cerca de Guadalajara.

Se llega a la casa por la carretera de Chilcoches, tras ascender una empinada calle denominada de Los Robles. No hay apenas árboles. Pasan unos camiones haciendo mucho ruido. Se divisa, allá lejos, la histórica ciudad de Guadalajara. Y se columbra, en el horizonte, los días claros, la silueta de Segovia.

Se me viene a las mientes, en la tarde fría de la Alcarria, mientras contemplo este anónimo chalé, otro, remoto, de Palma de Mallorca, en la Bonanova, en el que a lo largo de muchos años, más de tres decenios, encontró Cela, muchas veces, “un punto de sosiego”. En los intervalos de sus continuos viajes.

Camilo José se sentaba en el jardín de su casa de la Bonanova, en un sillón de mimbre y contemplaba el temblor humilde de la vida en torno suyo. Las palomas que se bañaban en un pequeño charco, sonoro del croar de las ranas. Los juegos de los perros. Las tórtolas de color gris perla. Los jilgueros, los loritos verdes, los canarios, las abubillas, los mirlos, los gorriones. Los ratoncitos del campo, las salamandras, las abejas, las avispas. Miraba con nostalgia, el hórreo traído, piedra a piedra, desde Galicia. Y la piscina, y el mural que grabó, inicialmente, su amigo Pablo Picasso sobre un modesto mechero. Y los enhiestos cipreses, y las cálidas palmeras, y los prometedores almendros. El césped; la yedra, siempre fiel. Las aguas verde-azuladas, mitológicas, del Mar Latino.

El jardín de la Bonanova tiene “memoria de la muerte”. Una “memoria histórica”, tejida de recuerdos. La yuca con la que preparaba ensaladas Miguel Ángel Asturias, el granado a cuya sombra leía Américo Castro. El tocón sobre el que se sentaba Tristán Tzara. La mecedora donde Max Aub relataba sus cuentos del exilio. Los

tulipanes que soñaba, desde su ventana, Manolito el Pollero.

Y, dentro de la casona, levantada en miles de horas de ilusiondo quehacer, sus despachos, el de *Papeles de Son Armadamsy* el suyo propio. La mesa de billar. Los cientos de cuadros que abarrotaban las paredes: de Picasso, Miró, Zabaleta, Millares, Anglada Camarassa, Mateos... Sus cerca de 28.000 libros primorosamente encuadernados. El comedor, hondo, en el que Ramón J. Sender le arrojó, una mala noche, un plato de caldo gallego y le llamó “fascista”. La chimenea encendida, y encima de ella el enorme cuadro con el rostro enigmático de Charo que pintara Ulbricht. La bodega con docenas de botellas firmadas por famosos personajes.

El dormitorio, en el piso de arriba, con sus dos camitas y el televisor escondido dentro de un armario. En una pared del cuarto de baño, los apuntes de sus pesos de cada día.

Una mañana de Navidad fuimos a felicitar a los Cela. Se hallaba Camilo José sentado junto a Charo Conde, entonces, todavía, su esposa, en el comedor, contestando un sinfín de felicitaciones. Fumaba sin cesar el novelista gallego, compulsivamente, cigarrillos de marca Ducados. Hacía unos meses que habían concedido el Premio Nobel a Vicente Aleixandre.

-Oye -me dijo Camilo José- ¿Tú conoces esta soleá? Me la cantaron en Castilleja la Real:

*Yo soy como el arbol solo
que está en mitad del camino
dándole sombra a los lobos.*

En un cenicero había muchas colillas apagadas, como diminutos hogares muertos.

El Clavin y el Premio Nobel

El chalé, alquilado por un año, de El Clavin, no tenía “memoria histórica”. En cambio en él recibió Cela gozoso la noticia de la concesión del Premio Nobel de Literatura de 1989.

En él también escribió Camilo José, en el diario *El Independiente*, un folletón titulado, *Desde el palomar de Hita*.

El reciente Premio Nobel habla por boca de Ginés Pelegrín, el barón de Sussex, don Irineo Aguacanto el Prásero y, sobre todo, del zurupeto Catulino Jabalón Cenizo, el de doña Pura. Catulino Jabalón Cenizo. El C. J. C. de *Gavilla de fábulas sin amor*. Aún no se había olvidado de la angustia de la enfermedad que le llevó al quirófano con tan agónica premura.

“A mi primo el barón de Sussex, coronel de lanceros bengalíes, le abrieron el vientre tres veces en dos meses y se conoce que a resultas de la debilidad, se enamoró como un cadete y se retiró al campo a vivir lejos del mundanal ruido; hay quién dice que hasta escribió versos endecasílabos...”

Justifica así su entrega incondicional a su nuevo amor.

Y recuerda a Baltasar de Castiglione quien en su texto, *Libro del cortesano*, abunda en la tesis de que, “siendo viejo se puede ser enamorado no sólo sin afrenta, sino con mayor prosperidad de honra que el mozo”.

El amor, “ese misterioso estado de ánimo, que busca el goce del bien, a cualquier edad”. Ya lo dijo Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita.

*Mantiene mucho en mancebez
e al viejo perder fa mucho la vejez.*

Resurgen enseguida en Cela sus brios de escritor de casta:

“Prometo no callarme nunca hasta que la muerte o la arterioesclerosis, su bufo antifaz de cartón piedra, no me lleve por delante o me corte la voz y el pulso, según”.

El Espinar

Al fin pudieron comprarse Marina y Camilo José una casa mucho más amplia, denominada El Espinar, que le había recomendado su amigo el pintor Jesús Campoamor.

El Espinar está al pie de la Alcarria, cerca de la orilla derecha del río Henares, donde empiezan las tierras encendidas de Cervantes, la frontera natural de la Alcarria.

El Espinar tiene cuatro hectáreas de terreno. Y una casa de una sola planta, una especie de *cottage*, con un tejado de pizarras negras, irregulares, de Ocejón; y amplios ventanales. Está rodeada por una pradera, cual un pequeño campo de golf.

La finca se halla en la carretera de Fontanar, en el Km. 6,400. Era parte de otra posesión más grande, El Cañal. El Espinar, en tiempos, fué propiedad del conde de Cienfuegos.

Marina Castaño Lopez y Camilo José Cela Trulock contrajeron matrimonio civil en el Espinar el 10 de marzo de 1991, domingo. El mismo día que Marina cumplía 34 años.

Camilo José luego de la vorágine del Premio Nobel y de sus múltiples viajes a los sitios más distantes del mundo, escribió *Los caprichos de Francisco de Goya y Lucientes*, en una lujosa edición realizada por Silex. Y dió a la imprenta otras obras como el durísimo poema, *Reloj de arena reloj de sol reloj de sangre*, y la colección de narraciones eróticas, titulada, *Cachondeos, escarceos y meneos*.

Cela escribe también artículos en varios periódicos, bajo títulos bien escogidos: *El camaleón soltero, A bote pronto*.

Goza de una salud física y mental, envidiable.

Pasea, al comienzo del día, por los alrededores de la nueva mansión. Le vienen a la memoria aquellos versos que redactara cuando su primer *Viaje a la Alcarria*, hace ya muchos años:

*Muy de mañana
el río es de oro,
corre la aurora
por el sendero.
El río Henares
lleno de agua.*

Le invade, otra vez, la paz profunda del cielo azul de Castilla, surcado, levemente,

por el revolcar de unas palomas blancas, buchonas.

El 7 de mayo de 1992 se le concede el premio Mariano de Cavia. Por un artículo titulado, "Soliloquio del joven artista", aparecido en el diario *El independiente*, el 18 de febrero del año anterior.

El trabajo galardonado termina con un canto a los sueños. Soñar despierto tal vez sea una magnífica terapéutica. Capaz de combatir con éxito el dolor de la soledad y de la muerte.

"No renunciemos jamás a nada y menos aún a nuestros sueños, que al principio son confusos y mínimos y muy difíciles de recordar pero que después nos nutren y nos dan valor para morir a solas".

Tres novelas

En Torremejía, un pueblo de Extremadura, de la provincia de Badajoz, hizo nacer C. J. C. a su más célebre personaje literario, Pascual Duarte. El extraño asesinato que fuera, tal vez, el títere expiatorio de los españoles derrotados en la Guerra Civil. Un trágico símbolo de los perdedores.

En Azuaga, otro pueblo extremeño, próximo a Torremejía, vino al mundo, realmente, Diego Sánchez Molina, un muchacho que acabó ahorcándose, perseguido, implacablemente, por un juez que le acusaba de "escándalo público", de actitudes amorosas demasiado apasionadas con su novia.

Diego Sánchez Molina, como Pascual Duarte, esa "un manso cordero acorralado y asustado por la vida". Lo aseguró el padre Santiago Lueña, el capellán de la cárcel de Badajoz donde fue ejecutado en el garrote, el Pascual. Ambos, Diego y Pascual, son dos desgraciados ejemplos de perdedores. En esta tierra nuestra, cicatera y trágica. Así lo certifica Cela en su novela, *El asesinato del perdedor*.

En una segunda novela, escrita también en El Espinar, *La Cruz de San Andrés*, redonda Cela en su fatalista teoría de que

existir es un hecho absurdo, idea que ya aparece en sus lejanos poemas de *Pisando la dudosa luz del día*, y en *La familia de Pascual Duarte*. Mas tarde, Camilo José superará su desaliento existencial, motivado quizás por sus graves episodios de tuberculosis pulmonar, y lo vencerá durante *El viaje a la Alcarria*, cuando recorre, a pié, las tierras de Guadalajara y, ya se dijo, el olor profundo de los campos borra de su piel y de su alma el acre perfume de la tisis y le hace experimentar la efímera alegría de vivir.

En estas dos novelas, *El asesinato del perdedor* y *La Cruz de San Andrés*, triunfa sin esperanza alguna, terrenal o metafísica, la derrota que supone el devenir azaroso de los días, con su obligado y dramático final; el derrumbamiento definitivo, silenciosamente o con estrépito, de todas nuestras esperanzas.

Con el correr de los años la enfermedad que acongoja a los personajes celianos y a él mismo, no es ya la tuberculosis. Se desvanece en su ánimo la sombra de *Pabellón de reposo*, la novela casi personal de Camilo José, su vivencia inicial de enfermedad somática convertida en prosa, que recuerda las angustias que padeció en los albores de su hombredad. Se esfuma, definitivamente, la imagen de "la siniestra carretilla que transportaba entre dos luces del crepúsculo, su dulce carga de adolescentes muertos". Ahora, la dolencia que aparece de continuo en su obra *La Cruz de San Andrés*, es el cáncer. El de matriz y el de próstata sobre todo. A los que denomina con extraños apelativos: *la víbora de la espigaruela*, *la tarántula de la espigaruela*, *el cangrejo venenoso del zaracatán*. *La cirripona*, el cáncer de hígado.

Madera de Boj, la obra última, terminada finalmente en Madrid, en su nueva y elegante residencia de Puerta de Hierro, calle Alberca número 6, es una crónica apasionada de la Mar Océana y de la vida trágica de los hombres y mujeres que habitan en la Costa de la Muerte. El antiguo pesimismo vital de Cela, "la vida es una aventura que no puede terminar sino en el

previsto fracaso de la muerte”, deja paso a una esperanza metafísica.

A Camilo José Cela Trulock, Premio Nobel de Literatura, le gustaría arribar a Padrón con la marea alta y amarrar el bote al pedrón del Apóstol.

Y sueña que, los cientos de marineros ahogados en la mar de la Costa da Morte,

encontraron al fin, un cielo piadoso y acogedor:

“Por Cornualles, Breaña y Galicia pasa un camino sembrado de cruces y de pepitas de oro que termina en el cielo de los marineros muertos en la mar”.

Del Moral, R.: Reproducción asistida en el levante mallorquín. Experiencia de los 100 primeros ciclos de inseminación artificial conjugada. 47.

Durán, S.: Reproducción asistida en el levante mallorquín. Experiencia de los 100 primeros ciclos de inseminación artificial conjugada. 47.

Editorial: Veintifun años. 2007. Editorial: Los libros de la vida.

Editorial: El VII Congreso Nacional de las Academias de Medicina de España.

Fernández Alonso, Alonso: Aspectos epidemiológicos de la etiología de la enfermedad celíaca. 14.

Franco, Elena; Seroupa, M.: Hepatitis C en España. 20.

García Sanz, María: Aspectos epidemiológicos y clínicos de la enfermedad celíaca. Puede considerarse una técnica de elección. 10.

Gestoso Gayá, Servador: Valoración histopatológica del buroador mallorquín. 14.

Paralera, M.: La incontinencia urinaria. 57.

Piñán, Josep María: Una solidaridad sin fronteras. 32.

Reproducción asistida en el levante mallorquín. Experiencia de los 100 primeros ciclos de inseminación artificial conjugada. 47.

Ramos García, Ramón: Apendicectomía laparoscópica y Puede considerarse una técnica de elección. 10.

Rodríguez, José: Porque el médico tiene que ser humano. 20.

Seroupa, M.: Hepatitis C en España. 20.

Sanz, María: Aspectos epidemiológicos y clínicos de la enfermedad celíaca. Puede considerarse una técnica de elección. 10.

Tubau, A.: Reproducción asistida en el levante mallorquín. Experiencia de los